

Ilustre seductor y camorrista *

El poeta chileno fue rico, seductor con las mujeres, escritor prolífico en dos lenguas, activista político, empresario periodístico, además de masón, comunista, antiamericano y antibritánico y un viajero impenitente. Su tumba está en la ladera de un monte frente al Pacífico.

César ANTONIO MOLINA

Escritor

Uno de los más grandes contrincantes huidobrianos, Pablo Neruda, escribió en descargo del autor de *Poemas árticos* que su inteligencia poética no estuvo a la altura de su anecdotario personal: que su predilección en forjarlo terminó por abrumarlo. Quizá si yo hubiera sido contemporáneo de Huidobro tendría esa misma opinión, pero afortunadamente, no siéndolo, mi opinión es totalmente contraria. Huidobro fue consecuente con su credo creador: «En literatura me gusta todo lo que es original.» Y qué es la vida, a veces, sino una prolongación de la misma literatura. Huidobro fue consecuente consigo mismo hasta en sus errores. Consecuente con su genio y figura. Su tozudez y arrogancia de raigambre española (era descendiente de la nobleza y estaba destinado a heredar el título de marqués de Casa Real), la ejerció en una cruzada permanente por la reforma de la poesía. Una reforma que, por otra parte, iba acompañada con el devenir de los tiempos. En una entrevista que concedió a González-Ruano (él mismo, en su más tierna juventud, plagiarlo poeta ultraísta), lo aclaraba tajantemente. La rebeldía de Apollinaire había sido por «cultura», mientras tras que la suya lo era por «temperamento».

* *Culturas*, número 378. Sábado 9 de enero de 1993. Suplemento semanal de *Diario 16*.

Huidobro fue el azote de los poetas y los críticos rezagados. Su influencia, más violenta y apremiante que la de Rubén Darío y el modernismo (aunque esto habría que matizarlo si revisamos con cuidado sus también belicosos medios de difusión y propaganda), la revolución antecesora, tuvo parecidos efectos innovadores, aún no del todo reconocidos, sobre la lírica hispana de este siglo. Cansinos Assens, quizá el primer converso «traidor» y como tal, luego, el más ingenioso y sanguinario ridiculizador en su obra, *El movimiento VP* (¿hubiera podido también ser VH?), comentó que el paso de Renato (el nombre clave con el que aparece en el libro) por Madrid en 1918 -se habían conocido dos años antes- fue el único acontecimiento del año. González-Ruano con su agudeza y sentenciosidad periodística lo dejó todavía más claro. Hasta que llegó Huidobro como un ciclón, nadie en España sabía quién era Reverdy o Apollinaire. Yo diría que, al menos, en la España provinciana y amadrileñada, con las honrosas excepciones del propio Cansinos y Ramón Gómez de la Serna, difundidor, este último, a través de la precursora revista *Prometeo*, bajo su dirección, que ya estaba en la calle en 1908, del futurismo. En Cataluña, la presencia de Picabia y su publicación *391*, dejó una buena semilla en Junoy y Papasseit. Una vez más el antichauvinismo español e incluso hispanoamericano, se puso de parte de lo extranjero. Huidobro, en primera instancia al menos, perdió todas sus numerosas peleas por reivindicar para sí, y por ende para la literatura en lengua española, la primacía de la vanguardia. Una primacía contra la que reaccionaron todos los ultraístas, sus principales deudores. Huidobro confesará a Larrea su escepticismo sobre la sensibilidad ibérica.

Así, el poeta chileno dejó sembrado un reguero de polémicas a lo largo y ancho de la Prensa literaria de su época. Los poetas españoles, encabezados por el teórico Guillermo de Torre, le dieron la espalda y apoyaron, para destronarlo, las ideas francesas enarboladas por el periodista guatemalteco Gómez Carrillo. Nada menos que en la primera página del diario madrileño *El liberal*, en 1920, aparecía de modo destacado la entrevista que el citado Gómez Carrillo le hacía a Reverdy sobre la paternidad del Creacionismo. Huidobro no logró batirse en duelo con el entrevistador (un experto en estos menesteres) y ni tan siquiera fue publicada su violenta respuesta que apareció, años después, en 1925, recogida en *Manifestes*.

Solamente Gerardo Diego, tenuamente -según su habitual conducta-, y Larrea, más firme, lo defendieron en nuestro país. Cuando en los años treinta, por incitación malévolamente del propio Huidobro, estalló la conflagración entre él (en la revista *Vital*, una de las publicaciones que el autor de *Altazor* dirigió en Chile, entre 1934 y 1935, el nombre en clave de Neruda era «El bacalao»), solamente Larrea y Juan Ramón no quisieron firmar el apoyo a Neruda. Incluso Gerardo Diego lo hizo bajo la condición de que no se nombrara a su amigo. Lorca, Alberti, Salinas, Cernuda, es decir, casi en pleno la generación del 27, le daban significativamente la espalda al mayor representante de la vanguardia en lengua española. Evidentemente, Neruda no

necesitaba defensores, como su mismo contrincante se las bastaba él solo para defenderse. Y lo hizo en aquel poema «Aquí estoy»: «Cabrones/ hijos de puta./ Hoy ni mañana/ ni jamás acabaréis conmigo./ Tengo llenos de pétalos los testículos,/ (...) / Y me cago en la puta que os mal parió/ derrocas, patíbulos/ vidobros...» Dos de los más grandes poetas de este siglo se enfrentaban. Habían tenido la buena o mala suerte de ser contemporáneos y coterráneos. Neruda, obsesionado por ser el poeta nacional no sólo de su país, sino de todo un continente, como Whitman ya lo fuera del norte. Huidobro no menos preocupado por ser reconocido como el más internacional, el más original y el primero en casi todo. Curiosamente ambos eran también militantes comunistas, lo que provocó la recriminación por parte de Tzara y otros escritores que veían en peligro la unidad de los intelectuales ante la defensa de la República Española.

La larga estela de polémicas y conflictos huidobrianos se había iniciado con los ataques tempranos al futurismo, tachado de anticuado y de mantener los rescoldos modernistas. Y finalizaba, tras ese gran paréntesis creacionista, con una no menor agresión a Breton, al movimiento surrealista y a la idea de la escritura automática. Huidobro temía que el autor quedara apartado del control de su propio acto creativo.

Sentencioso, insultante, arrogante, para unos; fervoroso, entusiasta, tajante, radical y de sabiduría novedosa para otros, como es el caso de Larrea. Ruano lo describe como un mesías -ya lo hiciera así Cansinos-, moreno, grueso, redondeado, suave, snob, seguro y con un aire de jefe de ventas de un gran almacén. Huidobro, además de todo, debía producir cierta envidia. Rico (en uno de sus viajes a Europa con su primera mujer y sus dos primeros hijos, llevaba entre su equipaje además de una criada, una vaca para que los niños tuvieran leche fresca); seductor para con las mujeres, escritor prolífico en dos lenguas, activista político, empresario periodístico... Tuvo tiempo para tantas cosas no habiendo vivido más que cincuenta y cinco años, que asombra. Fue además masón, comunista, antiamericano y antibritánico, y un viajero impenitente.

Huidobro tuvo entre sus amistades a lo más granado de la intelectualidad mundial de entreguerras, de Picasso a Gris, pasando por Lipchitz, Diego Rivera, los Delaunay, Pound (quien siempre se sintió muy interesado por su poesía), Cocteau, etcétera. Un capítulo especial merecerían sus amistades cinematográfica, entre las que se contaba Douglas Fairbanks y las actrices Gloria Swanson y Lya de Putti, entre otras. Amistades, algunas de las cuales sacrificó a su egolatría, como la de Gris, quien no pudo perdonarle la mentira de su secuestro por agentes británicos, a causa de un panfleto en favor de la libertad irlandesa.

Desde finales de los años veinte y hasta los cuarenta, Huidobro fue un activo militante comunista. Estuvo en la guerra civil española y creó periódicos combativos como *Acción y Reforma*, para ayudarse en la campaña a

la presidencia de su nación. Cómo no, fue derrotado, afortunadamente, para él, su país y la literatura. En los últimos años, tras regresar de la segunda guerra mundial, en 1944, en donde llegó hasta Berlín con los aliados y fue herido dos veces, se declaró anticomunista. En realidad, Vicente Huidobro, se desentendió de la política, recordó sus viejas ideas anarquistas y las lecturas de Bakunin y Kropotkin y confesó que la política era el arte de «mentir, camuflar, falsificar, ensuciar la vida, comprar y vender conciencias, especular sobre ideas que no se comprenden y opiniones que suben y bajan en un termómetro de saliva. La ciencia del salto mortal de la pirueta tenebrosa, de la venalidad. Para sostener un partido hay que gastar enormes sumas, hay que tener radios, diarios, salas de conferencias. Dinero, mucho dinero. No basta la verdad». Quizá por su cabeza volvió a pasar aquella vieja idea de irse a algún país remoto (Angola, por ejemplo).

La labor cultural de Huidobro se extendió además de la poesía, por el teatro, la novela, el ensayismo, el articulismo periodístico y el guión cinematográficos. *Cagliostro*, un guión suyo, recibió un importante premio. Fue también el creador de revistas modernistas como *Musa joven* y *Azul*; vanguardistas como las famosísimas *Nord-Sud* y *Création*; y virulentas como *Vital/Obligó* y *Total*.

En *Vientos contrarios*, el autor confiesa su «inclinación fatal hacia el amor». Su colección de fotos de algunas de las estrellas más rutilantes del cine mudo americano es envidiable. La de Gloria Swanson, en todo su esplendor, dice: «Para Vicente Huidobro. Ojalá pudiera ir a España. Sinceramente. Gloria...» Sus dos primeras mujeres le escribieron en sus respectivas fotos: «Vicente, mi amor. Contigo iré hasta la eternidad. Tu Ximena»; «A Vicente, mi amor, mi vida, mi eternidad. Raquel». Ximena Amunátegui tenía quince años cuando conoció a este poeta que sobrepasaba los treinta. Era, además de menor de edad, su concuñada. Huidobro se le declaró públicamente en un poema que se publicó en el diario *La Nación*, una Semana Santa de 1926. Se produjo entonces la ruptura con su padre, su primera mujer y sus cuatro hijos, y tuvo que fugarse de Chile ante las amenazas que recibió de los hermanos de la muchacha. Dos años después, ya con mayoría de edad, regresó clandestinamente y la raptó a la salida del colegio. Ximena era de una juventud y una belleza radiante y un elemento más de provocación. Cuando en Londres, de regreso, herido en Berlín, conoce a otra joven, Raquel Señoret, volverá con ella a Chile, viviendo juntos los dos últimos años de su vida.

A parte de las discusiones sobre la primacía y originalidad de Huidobro, tema éste fundamental en toda la cultura moderna, donde él va ganando cada vez más terreno en su propio favor, su poesía fue la que le insufló el alma a la metáfora desbocada. Esa metáfora que, para Joseph Campbell, es la máscara de Dios, mediante la cual puede experimentarse la eternidad. Toda la nueva y reluciente imagería poética que brillaba como latón, encuentra en Huidobro el resplandor del oro, de la luz. Los nuevos objetos

modernos (trenes, rascacielos, aeroplanos) adquieren el mismo valor que aquellos viejos símbolos de la naturaleza. Par nombrar un mundo nuevo hace falta un nuevo lenguaje, un nuevo código que lo identifique. *Poemas árticos* y *Ecuatorial* son el inicio de ese camino que tendrá su más alta expresión y serenidad en *Altazor*, uno de los más grandes poemarios de la lengua española. Huidobro, como Pound, nos descubre el poema extenso y prolongado, el poema total en donde vuelca no sólo la experiencia abstracta de ese mundo nuevo que ya ha descubierto y ensalzado, sino la suya propia. Huidobro en *Altazor* descubre su propia mortalidad y la falsa inmortalidad de la modernidad que cantó. La bruma y las tinieblas hacen de pronto acto de presencia en aquellos horizontes que siempre permanecían despejados. El silencio se antepone al bullicio, el eclipse al día, y así, por vez primera, «el cielo tiene miedo de la noche». El último Huidobro es el resultado de la alquimia de lo exterior y lo íntimo. La épica metafórica creacionista no desaparece, sino que se transustancia en el lirismo reflexivo y a veces un poco agónico del autor.

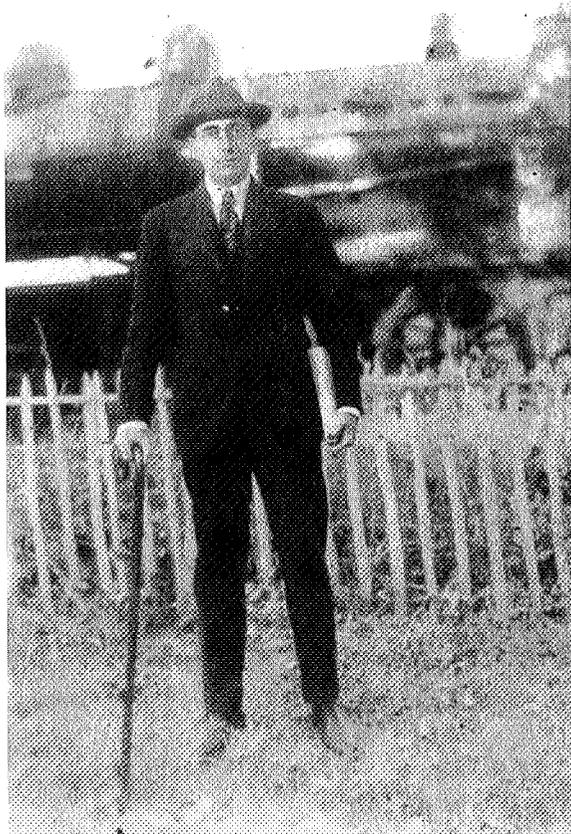
Huidobro murió de un derrame cerebral en su casa de Cartagena, junto al Pacífico. Cuentan que, durante su estertor, tuvo numerosos sobresaltos y llegó a decir frases como: «Tengo susto y no sé de qué.» En Chile, mi amigo, el poeta, Federico Schopf, con quien subí la empinada ladera para ver su tumba, me comentó otra frase que no he querido saber si era verdadera o apócrifa: «Ahora veo el espejo que no tiene reflejo.» El espejo era uno de sus elementos simbólicos por excelencia. Símbolo de la multiplicidad del alma. El espejo al que hay que darle la vuelta o taparlo cuando alguien se va a morir, no sea que por él se fugue el alma y así quede errante fuera de su verdadero camino. Recordando a Rodenbach y como homenaje a los simbolistas había escrito en *La gruta del silencio* (1913): «La alcoba se ha dormido en el espejo».

La tumba de Huidobro está en la ladera de esa montaña, divisando el océano inmenso. Estuvo a ras de la tierra y ahora le han construido un pequeño panteón que es como un mirador sobre el crepúsculo. «Abrid la tumba/ al fondo/ de esta tumba/ se ve el mar», o «Guiado por mi estrella/ con pecho vacío/ y los ojos clavados/ en la altura / salí hacia mi destino/ Oh mis amigos/ aquí estoy/ vosotros sabéis acaso/ lo que yo era/ pero nadie sabe lo que soy», son sus epitafios. Pero a mí también me hubiera gustado leer allí aquel verso tan sentencioso y latino de *Ver y palpar*: «Saliendo de palomas viene la muerte»; o aquellos otros de *Ultimos poemas*: «He ahí el mar/ El mar abierto de par en par/ He ahí el mar quebrado de repente/ Para que el ojo vea el comienzo del mundo/ He aquí el mar/ De una ola a la otra hay el tiempo de la vida/ De sus olas a mis ojos hay la distancia de la muerte.»

Subí a la tumba al atardecer. Era la primera vez que veía ponerse el sol sobre el Pacífico. En recuerdo de aquellos instantes y como homenaje al poeta en su sepulcro resucitado escribí unos versos.

Vista del Pacífico al atardecer

La luna llena está empañada con el vaho del diluvio.
El último rayo de sol cae como un pesado arpón
lacerando un molusco.
El mar se desliza al pillaje y desancla la nave
que ve pasar a los grandes cetáceos bañados en fósforo líquido.
Como en el comienzo todo era agua y la oscuridad
nos hacía soñar con las islas en donde sueñan nuestros sueños.
La Cruz del Sur, como una pisada ligera de avestruz,
tropezaba contra el cuero de las boleadoras perdidas.
Todo aquí podría tener buen fin,
el viento borra fácilmente las huellas dejadas al azar.
Y aquí no se yace, aquí se está sentado
en medio del astillero de los barcos naufragos.
Hasta aquí el destino sólo arrastra a quien se dejó arrastrar.
Y aquí no se yace, aquí se está sentado
entre pájaros, entre cántaros pintados, entre filos bien dispuestos,
en medio de un mar de olmos antiguos
por donde el cazador y el venado son una misma sombra.
Y muchas sombras lamentan a quienes están ahí.
Y muchas sombras lamentan a quienes están aquí.
En la torre de los vientos todas las campanas se agitan,
su sonido de sirena es duro como piedra de moler.
Pero las sombras son más profundas que el sonido:
Ni un negro nimbo dejan ver,
ni un oscuro golpe de remo dejan oír.
Aquí no se yace, aquí se está sentado:
Quien se ha vencido a sí mismo es un amigo;
quien no ha podido, se es tan hostil como un enemigo.
El mar se desliza al pillaje, salta sobre la presa,
se demora en silencio, la adentra en la noche virgen,
baña sus manos en la luz de plata.
Y por entre aquellos largos dedos cae el espejo que no tiene reflejo.



Vicente Huidobro en los años 20.